

LA LENGUA IBÉRICA *

JOSÉ A. CORREA
Universidad de Sevilla

1.1. El ibérico es la mejor documentada de las lenguas paleohispánicas, es decir, de las lenguas que, habladas en la antigüedad en la Península Ibérica, pueden considerarse indígenas. Estas lo son, bien porque se presentan como formadas en ella sin antepasado o pariente conocido, como es el caso del propio ibérico, bien porque, aunque tengan un origen extrapeninsular, como sucede con el lusitano y el celtibérico (lenguas indoeuropeas), sin embargo se desconoce cuándo entraron en la Península y no hay testimonios de que hayan sido habladas en la forma en que las conocemos fuera de ella.

La fuente primera de conocimiento del ibérico son los testimonios directos llegados hasta nosotros, casi sólo en escritura indígena y en una adaptación específica del alfabeto griego. Excepcionalmente aparece alguna inscripción en escritura latina o puramente griega. Este tipo de testimonios está en un lento pero constante aumento ¹.

* Ponencia presentada en el XXIII Simposio de la Sociedad Española de Lingüística.

¹ Han sido editados recientemente por J. Untermann (*MLH*). En el vol. I aparecen las leyendas monetales (también las no ibéricas), cuya letra de identificación es la A (así A.100 es la ceca de *Obulco* [Porcuna, Jaén]), en el II las inscripciones halladas en el sur de Francia (letra B: v. gr., B.1 es *Ensérune*), y en el III las halladas en la Península (letras C [Cataluña oriental], D [Cataluña occidental], E [Aragón], F [Valencia], G [Valencia, Murcia, Albacete], H [Andalucía oriental]: estas indicaciones geográficas sólo son válidas *grosso modo*). Para las inscripciones aparecidas con posterioridad se dará la correspondiente referencia bibliográfica (también la sigla identificadora, si el editor de los *MLH* la ha dado ya a conocer en algún trabajo posterior).

La onomástica ibérica latinizada es una fuente valiosísima de información, a pesar de la inevitable adaptación que las formas indígenas han sufrido, mayor en los textos literarios que en los epigráficos. De estos últimos proceden la mayor parte de los datos, especialmente los no toponímicos, y rara vez hay novedades en este campo². Muy inferior es la onomástica transmitida por autores griegos, alcanzando algún relieve los topónimos, pero buena parte de ellos no son adaptaciones directas sino helenizaciones de formas previamente latinizadas.

Teóricamente son también fuentes del ibérico los testimonios de palabras aisladas que nos ha transmitido esporádicamente la antigüedad así como las palabras que hayan podido sobrevivir en las lenguas romances. Pero en el estado actual de nuestros conocimientos es más seguro por razones de método atenernos a las dos primeras fuentes.

1.2. Al margen de observaciones de detalle que los diversos editores de inscripciones han podido hacer, son escasos los estudios generales de conjunto existentes sobre el ibérico. Abre la serie el de Tovar (1962) sobre la fonología del ibérico³, al que había precedido un léxico de las inscripciones ibéricas (1951), sustituido actualmente por el de Siles (1985) y el complementario de Velaza (1991). Michelena (1979) da una visión breve pero muy completa y precisa de la lengua. El estudio más reciente es también el más amplio (Untermann 1991: 1, págs. 150-238), sobre todo en los aspectos morfológico y léxico⁴.

2. El criterio esencial para determinar el territorio en que se habló el ibérico es el lugar de hallazgo de los correspondientes documentos, cualquiera que sea el sistema gráfico utilizado. Ahora bien, a este respecto no todos los testimonios tienen el mismo valor, siendo muy importante la naturaleza del soporte utilizado y la densidad de hallazgos amén de la función del texto grabado.

Así los objetos pequeños, si no son frágiles, pueden viajar lejos con facilidad, sobre todo cuando son valiosos en sí mismos, como la vajilla de

² La mayor parte de los nombres personales (NP) ibéricos conocidos aparecen en un solo documento, un diploma del a. 89 a.C. (*CIL I*² 709) por el que se concede la ciudadanía romana a los treinta integrantes de la *Turma Salluitana*, naturales de Zaragoza (*saltuie*) y su región.

³ Tovar 1959 (= 1961, págs. 50-75) es más bien una serie de observaciones de carácter morfológico, relacionadas en buena medida con el problema del vasco-iberismo.

⁴ Los índices de los *MLH* son más completos que los léxicos mencionados, que prescinden de los textos en escritura sudoriental.

plata, o por su función, como las téseras de hospitalidad (en bronce) en el mundo celtibérico. En cambio los objetos de cerámica, por su fragilidad y carácter más común, se prestan menos al transporte, y de una inscripción en piedra se puede afirmar que, salvo contadísimas excepciones, permanece en el lugar donde fue grabada. Las monedas por su parte plantean un problema específico, pues, aunque la ceca esté perfectamente localizada, tanto el sistema gráfico utilizado como la leyenda pueden no ser suficientemente indicativos desde el punto de vista lingüístico.

No obstante, la densidad de hallazgos y la continuidad geográfica entre éstos, combinadas con las consideraciones que se acaban de hacer y con los datos que la antigüedad nos ha legado sobre la localización de los pueblos ibéricos, permiten delimitar satisfactoria, aunque provisionalmente, el área geográfica del ibérico.

Hay, desde luego, problemas de delimitación con otras lenguas, en ocasiones hay grandes vacíos que sólo futuros hallazgos permitirán llenar y rara vez es posible trazar la frontera con claridad o considerarla definitiva. Y por otra parte hay que renunciar de momento a conocer la articulación interna del territorio lingüístico ibérico debido al conocimiento tan pobre que tenemos en la actualidad de la lengua y a las dificultades de lectura que aún presentan los textos ibéricos sudorientales.

2.1. Prescindiendo de hallazgos aislados y atendiendo a divisiones administrativas actuales podemos decir que la lengua ibérica está documentada en toda la fachada mediterránea desde el Sur de Francia hasta el golfo de Almería, variando mucho su penetración en el interior.

En la zona francesa no ha rebasado por la costa el río Orb, en el Languedoc occidental, siendo en líneas generales escasa su penetración en el interior (hay inscripciones en Carcasona y Tolosa), aunque en los últimos años se han descubierto inscripciones rupestres en la Cerdaña francesa, que por razones epigráficas parece que hay que poner en relación directa con los testimonios conocidos en la Galia ibérica.

2.2. Ya en territorio peninsular han aparecido inscripciones, de Norte a Sur, en las cuatro provincias catalanas, en las tres aragonesas (muy recientemente también en Navarra), en las tres provincias valencianas, en Albacete y Murcia, y en las cuatro provincias orientales de Andalucía (Almería, Jaén, Granada y Córdoba). Pero la densidad de los hallazgos es muy variada: así, por ejemplo, en el Sur sólo la provincia de Jaén presenta un número estimable de testimonios epigráficos.

Si se quiere precisar un poco más en lo que respecta a los límites occidentales, si se prescindie de las leyendas monetales, al N. del Ebro el límite conocido hasta hace poco era el río Cinca; pero la frontera podía ser llevada más al O., hasta el río Gállego, si se tiene en cuenta al menos la ceca de (**bolískan**) (A.40), correspondiente a Osca (Huesca), aunque este letrero monetar no encaja exactamente en la fonología ibérica (§ 4.4.1). Sin embargo muy recientemente estos límites han sido sobrepasados por el hallazgo en Muruzábal de Andión, a unos 40 Km. al Sur de Pamplona, de una inscripción musiva, lo que lleva esta lengua a pleno territorio vascón⁵.

Al S. del Ebro y partiendo de la ciudad de Zaragoza la frontera es aproximadamente una línea ideal que pasa por las de Teruel y Albacete para llegar hasta la de Córdoba, desde donde a través de Granada alcanza el golfo de Almería. De este modo queda cerrado el territorio de lengua ibérica, pero en las provincias de Zaragoza y Teruel, al E. de esta línea hay también inscripciones celtibéricas, formando una especie de bolsa bilingüe.

2.3. Más difícil es delimitar el ibérico desde el punto de vista cronológico, pues la datación de los testimonios conservados hay que hacerla con criterios arqueológicos, que normalmente no son muy precisos. El testimonio datable más antiguo es probablemente un grafito sobre cerámica de Ullastret (C.2.30), que nos lleva hasta finales del s. v a. C., y los más recientes se pueden situar *grosso modo* a comienzos de la era cristiana. Naturalmente esto no quiere decir que entonces se dejara de hablar ibérico, pero sin duda la latinización había ya avanzado substancialmente en el extenso territorio de lengua ibérica.

3. Los iberohablantes, que nunca formaron, que nosotros sepamos, una unidad política, han utilizado tres sistemas gráficos diferentes: dos semisilabarios y un alfabeto. Los semisilabarios son una creación hispánica y la manera más cómoda de denominarlos es geográfica: son los semisilabarios levantino y sudoriental. El alfabeto es una simplísima adaptación del alfabeto griego, por lo que suele hablarse de alfabeto grecoibérico. El uso de la escritura latina o puramente griega para escribir ibérico es, por lo conocido hasta ahora, y como se ha dicho antes, totalmente excepcional.

3.1. Atendiendo a los tres sistemas gráficos verdaderamente utilizados, de acuerdo con la documentación actualmente disponible se puede dividir

⁵ Mezquíriz (1991-1992). Se conoce también un bronce muy deteriorado de Aranguren, muy cerca de Pamplona (Beltrán-Velaza 1993).

el territorio ibérico en tres zonas: de escritura levantina, de escritura sudoriental y de alternancia de estas dos escrituras con la grecoibérica.

La escritura levantina está documentada desde el Sur de Francia hasta la ciudad de Murcia, pero su territorio propio termina en el río Júcar; al sur de este río se repliega claramente hacia la costa⁶ y coexiste con los otros dos sistemas gráficos. La escritura sudoriental aparece desde el río Júcar⁷ pero alejada de la costa, y se extiende por todo el SE. dentro de los límites señalados antes, aunque sólo en las provincias de Albacete y Jaén hay un número estimable de hallazgos. El alfabeto grecoibérico, del que hay muy pocos testimonios, se utilizó en un área muy restringida en las provincias de Alicante y Murcia: un cuadrilátero cuyos ángulos corresponden a Alcoy y Campello en Alicante, y Jumilla y Mula en Murcia⁸; pero dentro de esta zona también se usaron los semisilabarios.

Se ignora si esta diferencia de sistemas gráficos (y su distribución territorial) tiene alguna base lingüística o se trata más bien del resultado de hechos culturales y políticos mal conocidos⁹.

3.2. Comenzando por el semisilabario sudoriental, hay que decir que no está totalmente descifrado y, si a esto se añade que el número de inscripciones conocidas es proporcionalmente reducido, no es de extrañar que en el estudio de la lengua ibérica estos testimonios sólo se empleen secundariamente, como confirmación de lo inferido de las inscripciones escritas en los otros dos sistemas gráficos empleados¹⁰.

La mayor parte de las inscripciones ibéricas están escritas en el semisilabario levantino¹¹. Como además este es bien conocido, no es de extrañar que los testimonios en esta escritura sean de hecho los más utilizados con

⁶ Hay un hallazgo en El Alcornocal (Córdoba).

⁷ Hay algunos hallazgos al norte de este río: Abengibre (Albacete), Yátova (Valencia) y Vall d'Uixó (Castellón). Se conoce también un plomo hallado en Lattes (Francia).

⁸ Hay un hallazgo aislado (plomo) en Sagunto (Fletcher-Silgo 1991).

⁹ Hipótesis sobre las relaciones entre los dos semisilabarios pueden verse en Hoz 1993-3. Hoz (1993-1 y 1993-2) hace hincapié en el carácter de lengua vehicular que tiene el ibérico, singularmente en las zonas catalana y francesa. Sin duda en ésta última ligures y galos eran el elemento preponderante, como refleja la abundancia de tales antropónimos en las inscripciones ibéricas de la zona.

¹⁰ Esto quiere decir que el ibérico que se describe en este estudio tal vez sea parcialmente diferente del de la zona meridional. Hay también aquí un problema entre arqueología y epigrafía: aquella, al hablar de la formación del mundo ibérico, piensa en el SE., sobre todo en Andalucía oriental; pero los testimonios epigráficos hallados en esta son escasos y mal comprendidos.

¹¹ Este semisilabario fue también utilizado por los celtíberos para su lengua.

finés lingüísticos. Pero un semisilabario tiene por su propia naturaleza limitaciones, pues parte de sus signos no son alfabéticos.

Los signos alfabéticos, en número de trece, han sido empleados para representar las vocales (**a, e, i, o, u**), nasales (**n, m, m̄**), vibrantes (**r, r̄**), lateral (**l**) y silbantes (**s, s̄**); los silabogramas, para las oclusivas, pero con el inconveniente de no distinguir entre sordas y sonoras. Hay por tanto quince silabogramas: cinco timbres vocálicos por tres puntos de articulación (**ba, be, bi, bo, bu; ta, te, ti, to, tu; ka, ke, ki, ko, ku**). Este inconveniente lo intentaron solucionar los propios usuarios del semisilabario levantino añadiendo un trazo diacrítico a la mayor parte de los silabogramas en dental y velar para representar específicamente las oclusivas sordas, pero esta innovación, en mi opinión, sólo se impuso en la Iberia francesa y tuvo un cierto uso en la zona nororiental de Cataluña, por lo que cabe llamarla variante nororiental (**de, te, di, ti, do, to, du, tu; ga, ka, ge, ke, gi, ki, go, ko**). Conviene tener esto presente, pues en muchas palabras ibéricas, no documentadas en los textos escritos en esta variante, no es posible todavía saber si una oclusiva determinada es sorda o sonora.

Ciertamente este problema se puede paliar acudiendo a los textos escritos en el tercer sistema utilizado por los iberos, el alfabeto grecoibérico, ya que aquí sí se distinguen las oclusivas sonoras de las sordas y además están representadas no por silabogramas sino por signos alfabéticos (*a, e, i, o, u; n; r, r̄; l; s, s̄; b, d, t, g, k*). Pero el número de textos conocidos es todavía muy bajo (probablemente fue un sistema utilizado por un reducido número de iberohablantes), por lo que la ayuda es inferior a lo esperado¹².

¹² La transcripción a nuestro alfabeto de los tres sistemas pretende representar aproximadamente el correspondiente valor fonético con algunas convenciones inevitables. Por otra parte los diversos tipos de letra usados en la transcripción permiten conocer el sistema gráfico utilizado (negrita para los semisilabarios, con negrita cursiva para la variante nororiental; cursiva para el alfabeto grecoibérico). Las mayúsculas latinas y griegas se reservan para las formas latinizadas (o latinas) y helenizadas respectivamente (incluidas las de otras lenguas, como el galo o el celtíbero) o para los textos ibéricos que, excepcionalmente, utilizan estas escrituras. En las reconstrucciones (formas con asterisco), que hago según costumbre en letra cursiva, me he servido sistemáticamente de las transcripciones correspondientes al semisilabario levantino por ser con mucho las más abundantes. Téngase esto en cuenta a la hora de interpretar las oclusivas dentales y velares, donde no se marca gráficamente la oposición de sonoridad. Por otra parte en muchas formas ibéricas, originarias y latinizadas, he introducido un guión con la mera finalidad de analizarlas.

4. Combinando los datos que aportan las inscripciones en cualquiera de estos sistemas gráficos con la onomástica latinizada¹³ (y helenizada) es posible hacerse una idea no demasiado vaga de la fonología del ibérico.

4.1.1. Hay cinco vocales cuyos timbres son los esperados en un sistema pentavocálico: *a, e, i, o, u*.

En la adaptación al ibérico de antropónimos latinos y celtas (galos y celtíberos), en la medida de lo comprobable no hay cambios de timbre, ni siquiera como resultas de una posible adaptación morfológica, pues, al ser préstamos tomados al oído, se trata sin duda de originarias formas de vocativo (-*e*, temas en -*o*; -*ie*, temas celtas en -*io*; -*i*, temas latinos en -*io*; -*o*, temas en -*ō(n)*, etc.)¹⁴: (Vielle-Toulouse)¹⁵ *śešte* -SEXTVS, *kurti*-CVRTIVS; B.1.45 *asedile* - galo **aθedilos*¹⁶ (ADSEDILVS), C.21.4 *katulatie* -galo **catulatio*s (CATVLATIVS), B.1.74 *touto* -galo **touto* (TOVTO); *likine* -celtib. *likinos* (Botorrita). Esto puede interpretarse en el sentido de que el vocalismo ibérico no estaba sometido a neutralizaciones posicionales al estilo de las vocales breves en latín.

A oídos latinos el sistema vocálico ibérico era similar al suyo (también pentavocálico), pues en los nombres personales (NP) latinizados predomina ampliamente el mantenimiento del timbre vocálico originario en cualquier posición: AGIRNES < **akir-neś*, ALORCVS < **alor-*, BIVRNO < **biur-*¹⁷. Pero no son desconocidos los cambios de timbre, que en general pueden ser interpretados como una cierta adaptación a la fonética y morfología del latín, aunque en coexistencia con formas sin alterar¹⁸:

e > i: **beles* > BILES-ETON BILIS-TAGE INDI-BILIS AENI-BELI (dat.) (pero BELES BELENNES LAVRBELES, etc.), **balke-atin* >

¹³ Mariner (1962, 1972, 1979, 1985) empleó fructíferamente este método para ibérico y celtibérico, poniendo de relieve que no cabe esperar en las adaptaciones latinas violaciones a las normas ortográficas y fonológicas del latín.

¹⁴ Correa 1992 y 1993.

¹⁵ Vidal Magnol 1983.

¹⁶ Utilizo convencionalmente el signo Θ para representar la africada gala, porque los propios galos se sirven de él, cuando utilizan la escritura griega para escribir su lengua, y de uno especial derivado de este, cuando utilizan la escritura latina.

¹⁷ También es esta la norma en los escasos NP helenizados (no literarios) que se conocen (Sanmartí-Santiago 1988, Lejeune-Pouilloux-Solier 1988): ΒΑΣΠΕΔ[< **bas-betin?*, ΓΟΛΟ[-]ΒΙΥΡ < **biur* (sin documentar **kolo*), ΝΑΛΒΕ[< **nalbe-*, ΣΕΔΕ-ΓΩΝ < **kon* (Sin documentar **sete*); pero ΒΑΣΙ-ΓΓΕΡΡΟΣ (< **basi-keře*) presenta final morfológizado.

¹⁸ Como en el propio ibérico algunos elementos antroponímicos conocen variantes en su vocalismo (v. gr., hápax *sesin* frente al usual *sosin*), es posible que algunas alteraciones de timbre no sean tales sino que se deban a información insuficiente.

BALCI-ADIN; *i* > *e*: *-bilos > CERDV-BELVS (pero CORRIBILO SOSIMILOS SOSIMILVS SOSVMILVS); *o* > *u*: *-bilos- > BILVS-TIBAS; *i* > *u*: *sosin-bilos > SOSVMILOS, *órtin-beles > ORDVMELES (reflejo de la oscilación de timbre *i/u*, típica en latín arcaico, de vocal breve ante labial, cf. SOSIMILOS SOSIMILVS, *atin-bels > ADIMELS).

Una situación similar se advierte en los nombres de lugar (NL) o étnicos latinizados. Es normal el mantenimiento del timbre vocálico originario: A.7 **auše-sken** -AVSE-TANI, A.11 **ilturo** -ILVRO, A.34 **kili** - GILI. Pero también se conocen alteraciones del timbre, parcialmente explicables por adaptación a la estructura fonológica o morfológica del latín: *e* > *i* (en sílaba abierta: A.6.11 **bařkeno** - BARCINO); *i* > *e* (ante vibrante: A.18 **iltirta** -ILERDA); *o* > *u* (ante / velar: A.27 **baitolo** - BAETVLO); *e* > *a* (adaptación morfológica: A.21 **kelse** - CELSA).

Aunque los cambios de timbre en latín sólo se dan en vocales breves (en condiciones generalmente bien definidas), mientras que las largas no se alteran, no se puede concluir de estas adaptaciones que las alteraciones de timbre corresponden a vocales breves en ibérico y los mantenimientos (en esas mismas condiciones) a vocales largas, pues a ello se oponen las inconsecuencias o dobles soluciones. Lo que documenta más bien todo esto es algo bien sabido, que en latín en la época de estos préstamos onomásticos la cantidad era fonologicamente distintiva y que, por tanto, los latinohablantes reproducirían las vocales ibéricas cuantitativamente. Puede suponerse que en general se tendía a sentirlas como breves, como fonema no marcado. No obstante, cuando hay adaptaciones morfológicas, comprobadas o posibles, la cantidad vocálica en la sílaba final de estos préstamos antroponímicos sería la que correspondería en latín. Se puede, pues, suponer que BIVRNO (y ATVLLO, AGERDO, etc.) se pronunciaba con - ō por adaptación a los temas en nasal (tipo *Cicerō*)¹⁹.

4.1.2. En el encuentro de vocales en límite de morfema (composición, afijación), aunque lo normal es el mantenimiento de ambas, también puede haber pérdida de una de ellas: F.20.3 **ete-iltur**, pero **baiseltun** < *baise-iltun; C.2.5. **koro-iker**, pero F.7.1. **kařkořkař** < *kařko-iřkar. Esta es obligatoria cuando las vocales son del mismo timbre: E.5.4 **ařbiřkař**, ARBISCAR < *ařbi-iřkař; C.1.9 **biuřkeřen** < *biuřkeře-en.

¹⁹ Igual sucedería en las helenizaciones: se usan con carácter general E y O, mientras que la Ω de ΣΕΔΕ-ΓΩΝ muestra una adaptación morfológica a los temas en nasal.

4.1.3. De los posibles diptongos en *-i* son frecuentes *ai* (AE) y *ei* : A.35 *šaitabi* -SAETABI, C.2.8 *neitin*- NEITIN-BELES; de los en *-u*, probablemente sólo existe *au*: NP *laur* -LAVR-BELES.

4.1.4. Parece existir *i*, pero su uso es más bien restringido (tal vez v. gr., en *iunstir*, palabra ampliamente documentada), apareciendo con seguridad en préstamos: NP *aiun* (aunque ibérico, este elemento antroponímico parece de origen celtibérico: *aiu* **aiun*-os), B.1.327 *gaie* - galo γαιος. Este último uso parece ser el único existente para *u*: B.1.331 *diuis* - galo **diuix* (DIVIX).

4.2.1. La única nasal representada en los tres sistemas gráficos y en cualquier posición es /n/, aunque es mucho más frecuente en final que en inicial de palabra.

No está documentada ante lateral, pero tal vez se deba a que ha habido un proceso de asimilación regresiva sin representación gráfica en la escritura indígena: ATVLLO < **atun*-lo.

Ante *b* en textos ibéricos sólo parece presentarse en límite de morfema: C.4.1 *adin-boneš*. Pero en los NP latinizados es normal una asimilación *nb* > M: **atin*-bels > ADIMELS, **sosin*-bilos > SOSIMILVS SOSIMILOS SOSVMILOS. A su vez los iberos para representar [m] en préstamos antroponímicos han acudido sobre todo a *b*, pero también a *nb* (interior) y *m̄b* (inicial): B.1.373 *katubaře* (CATVMARVS), B.7.34,10 y 14 *kanbulo* (CAMVLO-), B.1.269 *m̄baske* (MASCVS).

4.2.2. En varios NP latinizados aparece NN, pero de origen diverso. En unos casos NN aparece en el interior del primer miembro: TANNEG-ADIN-IA (pero E.1.322 *biur-taneke*). En BELENNES es el resultado de una asimilación (**beleš*-neš). Por último en ORDENNAS (< **ortin*-nas/š) hay un encuentro de nasales en límite de composición (pero F.9.5. *sekenius* < **seken*-nius).

Hay que pensar, al menos en el primer caso, en una nasal fuerte al estilo del protovasco²⁰ más que en una geminada, cuya no representación en los semisilabarios se podría justificar como norma ortográfica, pero su ausencia en la escritura grecoibérica no se justificaría fácilmente. En el caso del alfabeto latino se trataría de una adaptación más o menos aproximada a la fonética del latín. Por otra parte hay que contar con la posibilidad de que tal nasal fuerte se diera también en posición final e inicial; pero no hay testimonios, pues en tales posiciones no cabe esperar la grafía NN.

²⁰ Michelena 1979, pág. 26.

4.2.3. En el semisilabario levantino, y sólo en él, hay dos signos más de nasal.

El signo **m**, utilizado por los celtíberos para /m/, representa posiblemente en ibérico una nasal labial y es de uso escaso, aunque está aceptablemente repartido por todo el ámbito de la escritura levantina y no parece que se pueda adscribir a un período cronológico muy delimitado. En ocasiones alterna con **n** (C.2.9. **akitikem** –B.7.37,5 **akitige.n**, **iumstir**– **iunstir**), por lo que [m] parece corresponder, al menos en parte, a un desarrollo de /n/ en condiciones no precisables. Se excluye de inicial de palabra (pero A.15 **masonsa**).

El otro signo que se transcribe como nasal es \bar{m} ²¹ y se piensa que representa un fonema que tiene los rasgos [+nasal] [+silábico]. En efecto, en la variante celtibérica (en su zona «occidental») se emplea este signo para /n/ y este rasgo de nasalidad aparece también en la latinización del elemento antroponímico **m̄bar** en VMAR- (VMARGIBAS < **m̄bar-kibas*, VMARILLVM < **m̄bar-iltun*, VMARBELES < **m̄bar-beles*). Por otra parte un caso como **n̄m̄kei** (NP) aboga por su función como centro de sílaba, pues la estructura de la sílaba en ibérico (§ 4.7.1.) no permite, al parecer, otra interpretación. Cuestión diferente es su punto de articulación, que, en mi opinión, depende del contexto siguiente.

Este signo es inusual en final absoluto de palabra (solo en monosílabos, alternando al parecer con **n**), pero aparece bien documentado tanto en inicial como en interior, yendo seguido de vocal o consonante. Los contextos conocidos hasta ahora son: **m̄ba m̄be m̄i m̄u**; **m̄l m̄r m̄r m̄s m̄k**. De esto parece deducirse que ante las vocales /a/, /e/ y, probablemente, /u/ esta nasal sonante se realizaba como labial, acudiéndose para marcar esto a un dígrafo (\bar{m} + silabograma en labial)²², mientras que en el resto de los casos no lo era, amoldándose en su realización al contexto fónico siguiente (desde dental a velar)²³. Si esta interpretación es correcta, habría que pensar

²¹ Es la transcripción usada por *MLH*. Actualmente también se usa Y, que es mera reproducción de la forma del signo, y, a veces, w.

²² Téngase en cuenta que la sílaba /bu/, por razones que se ignoran, es excepcional en ibérico (§ 4.6.2); por lo que tal vez se haya evitado escribir **m̄bu**.

²³ La ausencia de [+labial] en el fonema representado por \bar{m} se refuerza no sólo por el hecho de que los celtíberos no han usado en ningún momento este signo para /m/ (incluso han acudido, en su variante «occidental», al signo de **n** para /m/), sino que los propios iberos, para representar /m/ en préstamos antroponímicos galos, acuden a **m̄b**, no a \bar{m} (§ 4.2.1.). Por esta razón tal vez una transcripción \bar{n} sería más adecuada.

que en el origen de esta sonante estaría presente el rasgo [+labial], pero ante la vocal palatal /i/ o consonante no labial se habría perdido por un proceso de asimilación regresiva²⁴.

4.3.1. El ibérico conoce dos vibrantes, que se transcriben convencionalmente *ř* y *r* sin prejuzgar sus diferencias fonéticas, que son mal conocidas. Si se tiene en cuenta que en el alfabeto grecoibérico es *rho* (transcr. *ř*) el signo que corresponde a levantino *ř* y *rho* con trazo diacrítico (transcr. *r*) a levantino *r*, y que en la variante celtibérica sólo se utiliza *ř* (el celtibérico sólo conoce una vibrante), se puede pensar que, en ibérico, *ř* representa el fonema no marcado, lo que parece reforzarse estadísticamente, pues está bastante más documentado que *r*.

En la adaptación de préstamos al ibérico es general el uso de *ř* para /r/: A.6-17 **tiberi** - TIBERIVS, B.1.51 **katuře** - galo **caturos* (CATVRVS), B.1.15 (c), .333 **-řiś** - galo - ριξ (-RIX). Pero es excepción **kurti** - CVR-TIVS.

En adaptaciones latinas sólo en posición intervocálica cabe esperar una distinción R/RR, pero no se puede establecer una correspondencia clara entre R/RR y *ř*/*r*, aunque a *ř* casi siempre corresponde R, lo que refuerza la hipótesis de ser el fonema no marcado; pero al parecer para un oído latino no eran intercambiables sin más: NP **iskeř** - TANNEG-ISCERR-IS BAES-ISCER-IS²⁵.

4.3.2. Ambas vibrantes tienen una distribución muy limitada: sólo aparecen precedidas de vocal. Esto implica que están ausentes de inicial de palabra y, en general, de morfema; y que no pueden ir precedidas de consonante. Tampoco existe lógicamente la sílaba de tipo *C-R-V*. No se sabe con seguridad cuál era la norma de adaptación de palabras no ibéricas con *r-*, pero parece que no había prótesis vocálica: B.1.65 **řuta**, que probablemente se corresponde con RVTANVS (NP ligur latinizado).

En posición final ambas vibrantes, precedidas de cualquier vocal, están ampliamente documentadas, pero aquí se invierte la situación, pues es bastante más frecuente *r* que *ř*.

La presencia de vibrante ante /n/ o /l/ es casi excepcional, pudiéndose restituir algún caso de caída o asimilación: H.11.1. **biunius** < **biuř-nius* (se

²⁴ Sobre el origen y funcionamiento de las nasales sonantes en diversas lenguas del mundo, cf. Bell 1978.

²⁵ En helenizaciones sólo hay un caso en posición intervocálica, por lo que no es indicativo: **keře** - ΒΑΣΙ-ΓΓΕΡΡΟΣ. Tampoco se deduce nada de **biuř** - ΓΟΛΟ-BIYP, pues en posición final no cabe esperar PP.

mantiene en BIVR-NO < **biur-no*, AGIR-NES < **akir-nes*), E.8.1 *ikonm̄kei* < **ikor-nm̄kei*; A.33-13 *biulakoś* < **biur-lakoś*.

Parece, en resumen que *ř* corresponde a [r], y *r* a [r̄], no siendo esta última vibrante equiparable sin más a la geminada latina.

4.4.1. La consonante lateral es usual en inicial de palabra o morfema, pero en posición no inicial conoce la misma restricción que las vibrantes: exige la presencia de una vocal precedente, por lo que no aparece tras consonante ni, en consecuencia, existe el tipo de sílaba C-L-V. Aunque no está excluida en posición final, es escasísima.

No se conoce ante nasal y es completamente excepcional ante *ś*: A.40 *bolśkan* (OSCA); es usual, en cambio, ante *s*: A.21 *kelse* (CELSA).

4.4.2. En la onomástica latinizada se observa una correspondencia de levantino -*lt-* (gr.-ib.-*ld-*) con lat. -L(L)-: NL *iltir̄ta* -ILERDA, *ilturo* -ILURO, *saluie* -SAL(L)VI-TANA; NP *iltur* -ILLVR-TIBAS BODON-ILVR, *iltun ildun* -VMAR-ILLVM, *ilti* -NES-ILLE LACER-ILI-S. Este hecho ha sido generalmente interpretado como prueba de que las grafías lev. *lt* y gr.-ib. *ld* podían representar en ibérico una articulación especial de la lateral, que ha sido definida de diversas maneras²⁶. Parece incluso que los iberos usaron la grafía *lt* para representar *ll* de otras lenguas: B.1.9 *idutilte* - galo **indutillos* (INDVTILLVS)²⁷. A lo que habría que añadir que, al margen de este hecho, en ibérico existiría también la secuencia fonética [ld] con similar representación gráfica²⁸. Pero a todo esto se pueden hacer varias observaciones.

En primer lugar el cambio fonético -*ld-* > -LL- se puede explicar como un hecho latino de adaptación²⁹. Por otra parte llama la atención que en la variante nororiental se haya utilizado *lt* y no *ld*, como sería de esperar atendiendo al uso en el alfabeto grecoibérico, para representar galo -*ll-*; asimismo lo normal es, más bien, usar *l* para *ll* en tales préstamos antroponímicos: B.1.351 *tesile* - galo **teθillos* (TESSILLVS).

Se trata, en consecuencia, de una cuestión sin resolver y no hay que excluir que, en ibérico, [ld] haya originado una lateral fuerte, por lo que

²⁶ Por ejemplo, Schmolll (1956) habla de *l* retrofleja. Michelena (1979, pág. 26) dice que ib. -*Ll-* era o iba a convertirse en la contrapartida fuerte de -*l-* intervocálica (hecho paralelo en vasco antiguo).

²⁷ Untermann 1980, pág. 48.

²⁸ Tal secuencia se da también en latinizaciones (GALDVRIAVNIN).

²⁹ **ildirda* > **illir̄da* > ILERDA: así Mariner (1962), quien insiste en que, si fuera un hecho ibérico, lo lógico es que no se representara con un dígrafo (*lt*, *ld*).

estaríamos en los supuestos comentados ante simples grafías históricas. Esta lateral tendría su paralelo más o menos exacto en nasales y vibrantes, pudiendo existir también en posición inicial y final (§ 4.4.3).

4.4.3. Al margen de este problema LL puede corresponder a una asimilación: ATVLLO < *atun-lo. En cuanto a VRCHA-TETELL-I dat. (E. 1.375, .376 **biur-tetel**), parece por la aspiración de su primer elemento forma vasconizada, por lo que no es posible saber si LL reproduce un hecho ibérico o una adaptación vasca.

4.5.1. Hay en ibérico dos fonemas llamados convencionalmente silbantes que se transcriben *s* y *ś* y cuyo valor fonético exacto se desconoce. En celtibérico (semisilabario levantino) *ś* representa [s] y *s* [z]. En el alfabeto grecoibérico *ś* corresponde a *sigma* y *s* a *sampi* o *xi*³⁰.

Estadísticamente *s* supera claramente a *ś* en todas las posiciones, sobre todo en inicial, mientras que en final absoluto de palabra es donde la situación está menos desequilibrada. Sólo excepcionalmente aparece *ś* tras *n*, *r* y *l*, siendo en cambio normal *s* (NP **bels** frente a **beleś**). Asimismo, en la medida de lo comprobable, *ś* entre vocales parece implicar más bien límite de morfema (NP **oloś-or̄tin**) o préstamo (C.2.14 **kośi** - COSSIVS), en tanto que *s* intervocálica es usual en interior de morfema.

En la antroponimia latinizada ambas silbantes aparecen reproducidas solamente por *S*, sea cual sea su posición en el elemento antropónimo: **sosin** - SOSIN, **bilos** - BILVS, **taśka** - TASCA, **tibaś** - TIBAS. Es significativo que la contraposición **beleś** - **bels** no tenga reflejo en las formas latinizadas (BELES - BELS)³¹.

En la toponimia y etnonimia latinizadas (leyendas monetales) predomina masivamente *S* en todas las posiciones, pero esporádicamente aparece *SS* en posición intervocálica: A. 43 **sekia** - SEGIA, A. 26 **usekerte** - OSICERDA (A. 12 **kese** - CESSÉ-TANI), A.21 **kelse** - CELSA, A. 33 **arse** - ARSE; A. 35 **śaitabi** SAETABI, A. 7 **auśe-sken** - AVSE-TANI (A. 10 **ieśo** - IESSO), A. 40 **bolśkan** - OSCA, A. 97 **kaśtilo** - CASTVLO.

Pero por otra parte hay una cierta regularidad, en la medida de lo comprobable, en el uso de *ś* y *s* cuando los iberos adaptan NP latinos y galos. Se usa con carácter general *ś*, incluso para [ks]: **śeśte** - SEXTVS, B.1 331 **diuiś** - galo **diuix* (DIVIX); pero si se ha de reproducir la africada típica

³⁰ La opinión general (últimamente Lejeune 1993, 62) habla de *sampi*, pero Untermann (1990, 1, pág. 133) ha propuesto ver en este signo una variante de la común *xi*.

³¹ En los dos casos conocidos de antroponimia helenizada en inscripciones sólo aparece Σ (**baś** - ΒΑΣ-, **basi** - ΒΑΣΙ-).

del galo aparece s: B.1.42 *asedile* - galo **aθedilos* (ADSEDILVS), B.1.33.,117 *kasike* - galo **caθicos* (CASSICVS).

Atendiendo a este último uso y a las correspondencias en el alfabeto grecoibérico se pensaría que *ś* (= gr.-ib. *sigma*) representa propiamente una silbante (es decir, una fricativa alveolar o apical) y, en cambio, *s* (= gr.-ib. *sampi o xi*) una africada de igual punto de articulación. En cambio el uso celtibérico y la no distinción hecha por los latinos habla a favor de una oposición sorda/sonora entre meras silbantes (sin valor fonológico en latín)³². Lo que en todo caso parece claro, al menos, es que *ś* corresponde a una silbante (en sentido estricto), tal vez sorda.

4.5.2. No están documentadas con seguridad las silbantes ante nasal, pero las adaptaciones latinas suponen un cambio *-*śn*- > -NN-: BELENNES < **beleś-neś*.

En el encuentro de las dos silbantes en composición se impone, al parecer, la primera: B.7.35.,36 *ibeisur* < **ibeis-śur*; B.7.36 *kuleśir* < **kuleś-sir*.

La situación de las silbantes ante oclusiva no es clara. En textos ibéricos ambas aparecen ante las cinco oclusivas con frecuencia varia, pero en la onomástica latinizada tras S nunca aparece oclusiva sonora³³. Esto no puede ser una limitación impuesta por el latín, aunque su silbante se realiza habitualmente como sorda, y, si bien no se puede excluir que se deba a un simple azar, tal vez haya que concluir que a oídos latinos las oclusivas ibéricas tras ambas silbantes se percibían como sordas: LVSPAN-AR LVSPAN-GIBAS < **luśban*-, JES-PAISER < *(*ibeś, beleś, boneś, kuleś, neś*)-*baiser*; AVSTIN-CO, VRCE-STAR, CASTVLO (A. 97 *kaśtilo*); AR-BI-SCAR, ATAN-SCER, TASCA-SECER-IS.

4.6.1. Hay cinco oclusivas orales, /b/, /d/, /t/, /g/, /k/, quedando vacía la casilla de /p/. Solo los textos en alfabeto grecoibérico y, secundariamente, las adaptaciones latinas y griegas dan buena información sobre las oclusivas. Asimismo la variante nororiental del semisilabario levantino permite distinguir en dentales y velares entre sordas y sonoras (excepto en **ta** y **ku**). Pero ninguno de los dos semisilabarios permite distinguir con seguridad el

³² En cambio la distinción entre fricativo y africado podría haberse hecho en la onomástica latinizada con S y X respectivamente, como parece suceder en aquitano (Gorrochategui 1993, pág. 617), a no ser que el punto de articulación de la africada fuera lo suficientemente anterior como para considerar inadecuada su representación con X. Michelena (1979, pág. 26) apunta la posibilidad de un contraste de localización más que de modo de articulación.

³³ En la onomástica helenizada tampoco aparece tras Σ oclusiva sonora: ΒΑΣ-ΠΕΔ[< **baś*-(*betin, betan*).

uso silábico del meramente consonántico, aunque al parecer el levantino usaba para las consonantes puras los silabogramas en *-e*³⁴: NP **taneke** - TANNEG-.

Cualquiera de las cinco oclusivas abre palabra, y todas, excepto /b/, pueden cerrarla.

En interior de palabra en los textos grecoibéricos se documenta *k* ante oclusiva (G.13.1,9 *ganikbos*), por lo que hay que contar con que **ke** (escritura levantina) en interior de palabra pueda representar también [k].

4.6.2. Dado que [p] está documentado en adaptaciones latinas, parece que era posible una realización sorda de la oclusiva labial en condiciones específicas: TANNEPAESER-I < **taneke*(e) *-baiser* (cf. TANNEG-ADINIA), LVSPAN-GIBAS (§ 4.5.2).

No se conoce explicación para el uso casi excepcional de [bu]. Los escasos ejemplos conocidos permiten interpretar [bu] como variante de [bo]: NP **buí** - **boí**, BVR-DO - SILLI-BOR-I (dat.).

Fuera de préstamos antroponímicos no hay datos seguros para la existencia de [ku], que podría funcionar en todo caso como variante de [ko]; sí los hay, en cambio, para [gu].

4.6.3. No hay datos para la existencia de oclusivas aspiradas. Cuando algún posible NP ibérico aparece con aspiración en formas latinizadas (CH), lo hace en zona no ibérica o dudosamente ibérica: VRCHA-IL (Alcalá del Río, Sevilla) en zona turdetana, VRCHA-TETELL-I (Muruzábal de Andión, Navarra) en territorio vascón (cf. A. 100-8, -9 **uřka-iltu**).

La fricativa labiodental sorda latina /f/ se reproduce en préstamos con silabogramas en labial: (Vieille Toulouse) **babiřki** - FABRICIVS, E.7 (Caminreal Teruel) **bilake** - FLACCVS (§ 4.7.3.).

Mientras que la *u* del galo se reproduce mediante **u** (§ 4.1.4), la del latín se hace, al parecer, con silabograma en labial: (Vieille-Toulouse) **binuki**-VINVCIVS. Esto implica que se oía más cerrada³⁵.

No hay indicios convincentes, ni siquiera en latinizaciones³⁶, de la existencia de oclusivas geminadas. Lógicamente tampoco se reproducen

³⁴ Untermann 1990, 1, pág. 155.

³⁵ Esto tiene mucho interés para la historia de *u* en latín, pues este letrero, pintado en una vasija, se fecha arqueológicamente en la primera mitad del s. II a. C. (Vidal-Magnol 1983, pág. 2).

³⁶ Tal vez lo sean NL como ACCI (Guadix, Granada), BAESVCCI (Vilches, Jaén), etc.; pero parecen restringirse a la zona sudoriental. Es problemática la interpretación del NP TABBANTV.

gráficamente estas en préstamos latinos y galos al ibérico (salvo tal vez la lateral, § 4.4.2).

4.7.1. La estructura de la sílaba interior, prescindiendo de préstamos, se puede representar de la siguiente manera (C= cualquier consonante):

$$\begin{array}{c} -1 \ 0 \ +0 \ 1 \ 2 \\ [C, \bar{i}] [V, \bar{m}] [i, u] [n, m, \acute{r}, r, l; s, \acute{s}, k] [s, \acute{s}] \end{array}$$

Naturalmente parte de las combinaciones teóricamente posibles no existen. En cualquier caso este esquema silábico ideal ha de ser entendido del modo siguiente:

(-1): puede no existir. Se desconoce si la secuencia C-V, cuando está a caballo de dos morfemas, ha de ser entendida como homosilábica (-1, 0) o heterosilábica (1, 0).

(0): núcleo silábico, que puede ser diptongo (0, +0). Es discutible la interpretación de una secuencia tipo $\bar{m}i$ (0, 0; menos probables son 0, +0 y -1, 0).

(1): puede no existir (sílaba abierta); de hacerlo (sílaba cerrada), una consonante dada está a menudo condicionada por la consonante inicial de la sílaba siguiente, ya que hay muchas combinaciones excluidas; también puede influir el que su núcleo sea (0, +0). La presencia de *s*, \acute{s} o *k* implica la ausencia de (2).

(2): puede existir sólo tras los cinco primeros fonemas de (1), habiendo un mutuo condicionamiento.

4.7.2. La sílaba inicial no permite vibrantes en (-1) (*m* es hápax, § 4.2.3).

En sílaba final, en (1) pueden aparecer también *d*, *t* y *g*; y en (2), también *d*, *g* y *k*, pero muy condicionados por (1). Se ignora el estatuto silábico de \bar{m} en (1).

4.7.3. No se conoce la secuencia «oclusiva oral + vibrante o lateral + vocal». Dada la limitación que suponen los silabogramas para reproducir este tipo de sílaba en préstamos, se acude a aproximaciones: **babířki** - FABRICIVS, B.1.125 **balande** - galo **blandos* (BLANDVS). Se desconoce si son un mero artificio gráfico o reproducen la pronunciación real; pero, como en ningún caso se violan las normas ortográficas conocidas del ibérico (no se escribe **balnde**, teóricamente posible, pues *lnd* no existe), tal vez reflejen la pronunciación (metátesis vocálica o anaptixis). A ello apunta también **bilake**, no **balake**, para FLACCVS, que hace pensar que los iberos

percibían, e intentaban reproducir, una especie de palatalización en el grupo consonántico latino *fl-*.

4.7.4. Hay una serie de casos en que es probable una haplología: C.4.1 **abańkis** < *abań-ańkis, G.16.2 **aibeńon** < *aibe-beńon, F.12.3 **aiunin** < *aiun-unin.

5. Pasando al nivel de la primera articulación, realmente se desconoce la naturaleza del ibérico, pero se puede conjeturar que no era una lengua típicamente flexiva, al estilo del latín, sino más bien aglutinante. Esto concuerda con el hecho de que los antropónimos, el único elemento léxico del que tenemos alguna información, cuando aparecen con elementos sufijados no sufren aparentemente ninguna alteración formal, pudiendo recibir aglutinados varios de estos elementos.

El punto de partida para el análisis formal de los textos ibéricos es, pues, esta subclase de los nombres, ya que se conoce un número aceptable de NP en forma latinizada y son abundantes en las inscripciones conservadas, singularmente en los numerosos grafitos univerbales grabados sobre cerámica, en las estelas y en algunos plomos. Como en ocasiones van seguidos de breves secuencias fónicas, se supone que estas corresponden a «sufijos» de función semántica hasta cierto punto precisable por el contexto extralingüístico (posesión, destino, etc.)³⁷.

Pero no sería posible ir más allá si en los textos no fuera usual la interpunción. Un análisis del uso que se hace de ésta lleva a pensar que la palabra gráfica engloba habitualmente en ibérico los sufijos con la base a la que se añaden³⁸. Este hecho permite en textos más extensos no sólo confirmar la existencia de los sufijos aislados en textos cortos sino también descubrir nuevos sufijos y nuevas bases receptoras de sufijos. Este procedimiento, no obstante, sólo permite identificar contados elementos (léxicos o gramaticales) y, por otra parte, a veces dentro de textos con interpunción regular aparecen secuencias fónicas largas que resultan inanalizables con estos medios. Cabe preguntarse entonces si la interpunción no se utilizará también para marcar unidades sintácticas de mayor complejidad.

³⁷ La denominación de afijo o, más limitada, de sufijo es puramente convencional y no presupone la verdadera identificación de estos segmentos fónicos que se presentan como unidades formales. Tal identidad no ha sido establecida aún.

³⁸ La realidad de los textos es desde luego más compleja, pues hay casos evidentes de interpunción entre la base y sus sufijos, lo que tal vez se deba a factores contextuales no identificados.

5.1. Los NP ibéricos son nombres compuestos de estructura bimembre o, en mucha menor medida, sufijados. A su vez los elementos antroponímicos que están en la base de unos y otros pueden ser tanto bisilábicos, como, con menor frecuencia, monosilábicos; los sufijos son siempre monosilábicos (-*co*, -*do*, -*lo*, -*no*): **aiun-atin**, *sakař-iskeř*, NEITIN-BELES (2+2); **atin-bin**, AGIR-NES (2+1); **sor-ibeis**, NES-ILLE (1+2); **an-bels** (1+1); **saltuko**, AGER-DO (2+suf.); **lauř-to**, BVR-DO (1+suf.). Cabe además un uso sin composición ni sufijación de los elementos antroponímicos: **atun**, *bal-kar*, BELES.

Es usual que un mismo elemento antroponímico funcione indiferentemente como primer y segundo miembro: **bilos-balkar talsku-bilos**, ADIN-GIBAS BALCI-ADIN. Otras veces un elemento antroponímico dado sólo aparece en primera o en segunda posición, o tiene una marcada preferencia por una de las dos posiciones. Esto sin duda debe estar en relación con su naturaleza fuera del sistema onomástico (v. gr., sustantivo o adjetivo), con su significado originario y con la relación sintáctica que sin duda adquieren al entrar en composición, pero no es posible precisar nada de esto³⁹.

5.2. A los NP, y sin duda a los demás sustantivos, se les pueden añadir uno o más afijos (monosilábicos), de los que han sido identificados una cincuenta⁴⁰. Los mejor documentados y definidos son los siguientes.

5.2.1. En textos cortos o muy cortos (grafitos cerámicos, algunas estelas y plomos) son particularmente frecuentes los sufijos *ar*, *en* y *m̄i*, que aparecen tanto solos como aglutinados entre sí (precisamente en este orden: *aren*⁴¹, *arm̄i*, *enm̄i*, *arenm̄i*). Esta multiplicidad de posibilidades complica la interpretación. Como hipótesis se puede suponer que a cada uno por separado le corresponde, al menos, una función semántica precisa, pero no se sabría decir cuál es cuando los contextos son, aparentemente los mismos: B.1.14 *arġitibař-ar*, C.0.1 *ibeřor-en*, E.1.124 (a) *eteřike.m̄i* (grafitos cerámicos univerbales). Menos apoyo aún hay para saber si, cuando se aglutinan, se suman esas desconocidas funciones semánticas: B.1.254 *alo-*

³⁹ Aunque está lejos de ser norma, la filiación podía marcarse internamente, en NP compuestos, con la repetición de uno de los dos elementos del nombre del padre en la misma posición. Esto está bien documentado en la *Turma Salluitana*: ILVR-TIBAS BILVS-TIBAS F(ilius), SOSIN-ADEN SOSIN-ASAE F(ilius), SOSIMILVS (<**sosin-bilos*) SOSIN-ASAE F(ilius).- La lista más completa de NP con abundante información puede verse en Untermann 1990, 1, págs. 209-238.

⁴⁰ Untermann 1990, 1, págs. 155-180.

⁴¹ Su existencia no es del todo segura.

soṛḍin-ar-ṁi, K.2. (Botorrita) *sesin-en-ṁi*, B.1.36 *anaios-ar-en-ṁi*, (grafitos cerámicos).

En general los intentos que se han hecho de identificar semánticamente estos sufijos se basan en ejemplos concretos donde tales «identificaciones» resultan aceptables, pero que fallan en otros casos. Así se pretende ver en *ar* una especie de demostrativo, en *en* una marca (pronominal) de posesión, y en *ṁi* una forma pronominal o verbal copulativa de primera persona⁴². Según esto el último ejemplo citado significaría: «Anaios esto/lo —de él— yo/soy», es decir, se expresaría de una manera muy explícita la posesión. Pero en *etesike.ṁi* habría que entender ‘Etesike, yo/soy’, y en *arḡitibás-ar*, ‘Argitibas, esto/lo’, donde, contra lo esperado por el contexto extraverbal, no se expresaría posesión⁴³. En mi opinión no basta la mera anteposición del NP junto con el contexto extraverbal para indicar posesión (‘de Etesike, yo/soy’, ‘de Argitibas, esto/lo’)⁴⁴: esto sería válido si se tratara de dos sustantivos, pero es muy insatisfactorio en el caso de un elemento sufijado, pues es inevitable que el NP preceda. Difícilmente esto podría ser significativo⁴⁵.

Hay otro aspecto a tener en cuenta: el sufijo *ṁi* no se añade directamente a bases terminadas en silbante, porque las secuencias *sṁ* y *śṁ* son desconocidas. Tal vez se acudiera a aglutinaciones (*ṁi* es siempre sufijo terminal). Para los otros dos sufijos también se conocen ausencias llamativas: *ar* no aparece tras *-s* y *-r*; *en*, tras *-ś*. Dado que no se conocen restricciones fonológicas que lo expliquen, podría tratarse de un simple azar.

5.2.2. El sufijo *ban*, que tiene una capacidad de combinación superior a la de los sufijos citados, cuando se aglutina con estos, se introduce en la serie en segunda posición, dando origen a *arban*, *banen*, *banṁi*. Se ha querido ver en él, sin demasiado apoyo, un valor de determinante (demostrativo, etc.)⁴⁶.

⁴² Tovar 1959, 1979; Michelena 1976, 1979.

⁴³ Esta explicación, en cambio, sería válida para la estela F.2.2 *tarbanikoṛ/ṁi* ‘Tarbanikor, yo/soy’.

⁴⁴ Desarrolla con amplitud estas cuestiones Hoz 1983, págs. 384-390.

⁴⁵ En alguna ocasión *ar* y *ṁi* parecen poder funcionar como prefijos (*ṁi* también como infijo), pero los contextos no son claros.

⁴⁶ Michelena 1976, pág. 357.

5.2.3. El sufijo *ka* (también *-i-ka*)⁴⁷ aparece preferentemente tras NP. Como en algún contexto (ante cifras en plomos de contabilidad) alterna con *en*, se pensaría que, si este significa posesión (o destinatario⁴⁸) y, por tanto, el acreedor, aquel indicaría la procedencia y, en consecuencia, el deudor⁴⁹: C.0.1 **kořasiř-en.e II** | / **neřseořtin-i-ka.e** || / **kaisuřanař-i-ka.** ||.

5.2.4. En textos en semisilabario aparece con alguna frecuencia un sufijo *te* (solo o aglutinado a otros), que sin duda encubre varios. Dado que en las aglutinaciones aparece casi exclusivamente como sufijo terminal (§ 5.2.6), es posible que corresponda entonces a [t] o [d] (§ 4.6.1.), lo que es apoyado por los textos alfabéticos, que documentan finales en [t] y [d] y no aportan datos para [te] y [de] como tales sufijos terminales. Pero cuando no tiene este carácter, debe corresponder a [te] o [de].

Se podría pensar en una función semántica de agente en un caso como E.7.1 (inscr. musiva) **likine-te.ekiar.usekerte-ku**, si se interpreta 'lo hizo / hecho por / obra de Likinos de Osicerda'⁵⁰.

5.2.5. El sufijo *sken*, aunque es bien conocido, sólo aparece en un contexto muy definido, tras NL en leyendas monetales, por lo que estas palabras se equiparan funcionalmente a los nombres de pueblos (etnónimos) que aparecen en no pocas monedas celtibéricas: A.19 **iltiřke-sken** - ILER-GE-TES, A.7 **auše-sken** - AVSE-TANI. Es discutible si puede analizarse *sk-en*, donde el primer elemento sería el específico del etnónimo y el segundo significaría posesión⁵¹.

Igual función se suele atribuir a *etar*, exclusivo también de leyendas monetales: A.33-2.,-3. **arse-etar** 'Saguntini', A.35-1. **šaitabi-etar** - SAE-TABI-TANI. Pero el hecho de que, añadido a final vocálico *-e*, no provo-

⁴⁷ No se puede excluir del todo que haya dos sufijos, [ka] y [ga]; pero los textos escritos en la variante nororiental apoyan [ka].

⁴⁸ Esta función de destinatario podría verse también en un caso como C.1.24,C *katulatiē* < **katulatie-en* (Sanmarti-Gregori 1988). Se trata de un plomo opistógrafo que, al estar enrollado, dejaba a la vista solamente esta palabra, por lo que puede pensarse que se trataba del destinatario de este documento, posiblemente una carta.

⁴⁹ Untermann (1985; 1987, pág. 38) habla de ergativo para *-ka*, por lo que se referiría a personas que tienen algo que hacer (un pago, un crédito); en consecuencia *-en* (con NP) significaría que la persona recibe algo.

⁵⁰ Hay también en este texto un sufijo *-ku* (§ 5.2.6.), añadido a NL *usekerte* (OSICERDA).

⁵¹ En cuanto a la expresión del plural, dado que no ha sido identificada hasta ahora en ningún texto, sería aventurado querer verla aquí, sobre todo cuando no es estrictamente precisa. Tovar (1959, pág. 24) considera este sufijo indefinido en cuanto al número y el caso.

que la desaparición de este (§ 4.1.2) parece indicar que no es un sufijo sin más.

5.2.6. Además de los citados hay otros sufijos que aparecen en contextos menos precisos: *-e*, *-nai* (tal vez *-la*, *-iŕ*), *-ba*, *-ke* [ke] [k] [g], *-ki*, *-ku* [gu], *-ta*, *-tu*, *-ti*, *-tin*, *-ste* [ste]⁵². Se conocen diversas aglutinaciones de estos sufijos, estando entre las más seguras *-kite*, *-kate*, *-kaku*, *-kike*, *-tetin*⁵³.

Por otra parte hay sufijos que se repiten en series, por lo que se ha propuesto para ellos una función de coordinación o de concordancia: *-(e)ai*, *-(i)u*.

5.2.7. Existen además prefijos (*ban-*, *bas-*, *ba-*, *is-*, *o-*); también infijos en NP (*-i-*, *-ke-*)⁵⁴.

5.3. Además de NP y afijos en los textos ibéricos se conocen no pocas palabras que no son ni lo uno ni lo otro, pero su clasificación gramatical y su significado son totalmente desconocidos⁵⁵. La más documentada es *iunstir*, que conoce algunas variantes (*iumstiŕ*, *iústir*, *iustir*, *iumstir*, *iunstir*) y que ha sido objeto de múltiples interpretaciones, ninguna convincente⁵⁶. Hay otras que aparecen en contextos más definidos.

5.3.1. *šalir* aparece en leyendas monetales (A.18-2.]ŕta-šalir-nai, -5. iltiŕta-šalir-ban, -3. iltiŕta-šalir) y plomos de contabilidad, por lo que se piensa que pertenece al campo semántico de «dinero» o «moneda».

5.3.2. *seltar* y *eban* son propias de inscripciones sepulcrales. La primera se suele interpretar como 'sepultura' o 'estela'. Para la segunda las hipótesis van desde 'estela' o 'hijo' (la más probable) hasta su interpretación como un verbo similar al latino *curavit*: E.10.1 *kalun-seltar* 'sepultura/estela de K.'⁵⁷; E.8.1. *ikonm̄kei-m̄i / iltubeles-eban* 'yo/soy I., hijo de Ildubeles' (o 'Ildubeles cuidó [de la sepultura]').

⁵² Conviene no olvidar que, cuando se trata de silabogramas, la naturaleza sorda o sonora de las oclusivas dentales y velares plantea problemas, que se amplían en el caso de los silabogramas en *-e*, que también pueden representar meras oclusivas (§ 4.6.1). He añadido en algunos sufijos precisiones fonéticas en la medida en que estas son más seguras.

⁵³ Al parecer hay un orden fijo en las aglutinaciones dobles posibles entre *ki*, *ka*, *ku*, *te*, aunque no todas están documentadas. Esto debe corresponder, como en la otra serie establecida (*ar*, *ban*, *en*, *m̄i*), a hechos gramaticales aún desconocidos.

⁵⁴ Asimismo *-i-* se puede aglutinar a diversos sufijos (*-ika*, *-ike*, *-ite*, etc.), por lo que tal vez había que considerarlo igualmente como sufijo.

⁵⁵ Untermann 1990, págs. 180-194.

⁵⁶ Lo mismo se puede decir para palabras como *baites*, *iltiŕ*, *m̄baŕ*, *uskeike*, etc.

⁵⁷ Es lícito ver en la simple anteposición del NP una marca de posesión, si, como se conjetura, *seltar* es sustantivo.

También en estelas aparece *aré take*, que por su aparente carácter formulario ha sido equiparado al lat. *hic situs est*. Sin duda estos intentos no van en dirección descaminada, pero se necesitarían para aclarar todo esto más epígrafes sepulcrales, que siguen siendo muy escasos.

5.3.3. *ekiar* también es palabra bien documentada y en contextos muy variados. Para ella está casi generalizada la opinión de que se trata de una forma (o nombre) verbal y se suele poner en relación con el vasco *egin*, por lo que significaría «hacer»⁵⁸. En efecto, esto se puede conjeturar razonablemente en un texto como el citado más arriba (§ 5.2.4)⁵⁹.

6. Esta alusión al vasco lleva, para terminar y porque no es posible eludirlo, a la cuestión del vascoiberismo, que no puede ser planteada como lo estuvo en tiempos ya lejanos, de identidad entre ibérico y vasco antiguo con el añadido de monopolio peninsular, y que ha sido historiada en más de una ocasión⁶⁰. Un eminente vascólogo e iberista como lo fue L. Michelena decía en la segunda edición de su *Fonética Histórica Vasca*:

Cada vez soy más escéptico en cuanto a un parentesco lingüístico ibero-vasco. En el terreno de la onomástica, y en particular de la antroponimia, hay, sin embargo, coincidencias innegables entre ibérico y aquitano y, por consiguiente, entre ibérico y vasco⁶¹.

En estos términos está planteada hoy día la cuestión, en el de coincidencias en la onomástica pero no en el del verdadero parentesco lingüístico. Tales coincidencias han sido señaladas últimamente por Gorrochategui en varios estudios sobre la onomástica aquitana con un amplio tratamiento de los aspectos fonéticos, por lo que no es necesario insistir en ellas⁶². Conviene no obstante hacer una observación final.

Se necesita aún profundizar mucho en el conocimiento interno del ibérico antes de intentar la aventura exterior. La tarea inmediata del iberista es

⁵⁸ De manera semejante, para *eriar*, que sólo aparece en letreros pintados en cerámica, se podría suponer un significado de «pintar». En cualquier caso, se trata de formaciones paralelas (-iar).

⁵⁹ En la inscripción musiva de Muruzábal de Andión (Mezquiriz 1991-1992) aparece *ekien*, que invita a analizar *eki-ar eki-en*, con una (¿aparente?) alternancia de los sufijos -ar y -en.

⁶⁰ Caro Baroja 1954; Tovar 1980.

⁶¹ Michelena 1977, págs. 547-548.

⁶² Gorrochategui 1984, 1993 (los paralelismos son llamativos).

la de intentar comprender el funcionamiento de esta lengua en los dos niveles de articulación, resignándose al desconocimiento del significado léxico, que parece difícil alcanzar incluso en el supuesto afortunado de que aparecieran inscripciones bilingües ibero-latinas o ibero-griegas. Sólo después de este estudio profundo procederá abordar la comparación con el vasco, entendiéndose, con el vasco de hace dos mil a dos mil quinientos años, en cuyo conocimiento sin duda también queda mucho por hacer previamente. Por estas razones no me parece que sea ya una cuestión cerrada la del posible parentesco genético entre estas dos lenguas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Actas I: Actas del I Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica (Salamanca 1974)*, ed. por F. Jordá, J. de Hoz y L. Michelena, Salamanca, 1976.
- Actas II: Actas del II Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica (Tübingen 1976)*, ed. por A. Tovar, M. Faust, F. Fischer y M. Koch, Salamanca, 1979.
- Actas III: Actas del III Coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas (Lisboa 1980)*, ed. por J. de Hoz, Salamanca, 1985.
- Actas IV: Studia Palaeohispanica. Actas del IV Coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas (Vitoria 1985)*, (= *Veleia* 2-3), ed. por J. Gorrochategui, J. L. Melena y J. Santos, Vitoria, 1987.
- Actas V: Lengua y cultura en la Hispania prerromana. Actas del V Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica (Colonia 1989)*, ed. por J. Untermann y F. Villar, Salamanca, 1993.
- MLH*: J. Untermann, *Monumenta linguarum Hispanicarum*, Wiesbaden, I 1975, II 1980, III 1990.
- SPI*: I.-J. Adiego, J. Siles y J. Velaza (eds.), *Studia Palaeohispanica et Indogermanica J. Untermann ab amicis Hispanicis oblata*, Barcelona, 1993.
- Bell, A. B. (1978): «Syllabic Consonants», en J. H. Greenberg, C.A. Ferguson, E. A. Moravcsik (eds.), *Universals of human language. 2. Phonology*, Stanford, págs. 153-201.
- Beltrán, A. y Velaza, J. (1993): «Una nueva inscripción ibérica sobre bronce (Aranguren, Navarra)», *SPI*, págs. 89-99.
- Caro Baroja, J. (1954): «La escritura en la España prerromana (Epigrafía y numismática)», en R. Menéndez Pidal (ed.), *Historia de España*, I. 3, Madrid, págs. 679-812.

- Correa, J. A. (1992): «Representación gráfica de la oposición de sonoridad en las oclusivas ibéricas (semisilabario levantino)», *AISON. Annali del Seminario di Studi del Mondo Classico (sez. ling.)* 14, págs. 253-292.
- (1993): «Antropónimos galos y ligures en inscripciones ibéricas», *SPI*, págs. 101-116.
- Fletcher, D. y Silgo, L. (1991): «Plomo ibérico, en escritura jonia, procedente de Sagunto», *Arse* 26, págs. 1-6.
- Gorrochategui, J. (1984): *Estudio sobre la onomástica indígena de Aquitania*, Bilbao.
- (1993): «La onomástica aquitana y su relación con la ibérica», *Actas V*, págs. 609-634.
- Hoz, J. de (1983): «Las lenguas y la epigrafía prerromanas de la Península Ibérica», *Actas del VI Congreso Español de Estudios Clásicos*, I, Madrid, págs. 351-396.
- (1993-1): «La lengua y escritura ibérica y las lenguas de los iberos», *Actas V*, págs. 635-666.
- (1993-2): «Las sociedades paleohispánicas del área no indoeuropea y la escritura», *AEspA* 66, págs. 3-29.
- (1993-3): «De la escritura meridional a la escritura ibérica levantina», en F. Heidermanns, H. Rix y E. Seebold (eds.), *Sprachen und Schriften des antiken Mittelmeerraums (Festschrift J. Untermann)*, Innsbruck, págs. 175-190.
- Lejeune, M. (1993): «D'Alcoy a Espanca: Réflexions sur les écritures paléohispaniques», en Michel Lejeune. *Notice biographique et bibliographique*, Lovaina, págs. 53-86.
- Lejeune, M., Pouilloux, J. y Solier, Y. (1988): «Étrusque et ionien archaïques sur un plomb de Pech Maho (Aude)», *RArchNarb* 21, págs. 19-55.
- Mariner, S. (1962): «Datos para la filología latina en topónimos hispánicos prerromanos», *Emerita* 30, págs. 263-272.
- (1972): «Adaptaciones latinas de términos hispánicos», *Homenaje a Antonio Tovar*, Madrid, págs. 283-299.
- (1979): «La distribución de los fonemas ibéricos según textos en escritura griega y en semisilabario y según onomástica transmitida», *Actas II*, págs. 69-79.
- (1985): «Sibilantes paleohispánicas en transcripciones latinas», *Actas III*, págs. 415-422.
- Mezquíriz, M. A. (1991-1992): «Pavimento de 'opus signinum' con inscripción ibérica de Andelos», *Trab. de Arq. en Navarra* 10, págs. 365-367.
- Michelena, L. (1976): «Ibérico -en», *Actas I*, págs. 353-361.
- (1977): *Fonética Histórica Vasca*, S. Sebastián².
- (1979): «La langue ibère», *Actas II*, págs. 23-39.
- Sanmartí-Grego, E. (1988): «Una carta en lengua ibérica, escrita sobre plomo, procedente de Emporion», *RArchNarb* 21, págs. 3-17.
- Sanmartí-Grego, E. y Santiago, R. A. (1988): «La lettre grecque d'Emporion et son contexte archéologique», *RArchNarb* 21, págs. 3-17.

- Schmoll, U. (1956): «Turma Salluitana», *Glotta* 35, págs. 304-311.
- Siles, J. (1985): *Léxico de inscripciones ibéricas*, Madrid.
- Tovar, A. (1951): «Léxico de las inscripciones ibéricas», *Estudios dedicados a Menéndez Pidal*, 2, Madrid, págs. 273-323.
- (1959): «Lenguas prerromanas no indoeuropeas, testimonios antiguos», *Enc. Ling. Hisp.*, I, págs. 10-26.
- (1961): *The Ancient Languages of Spain and Portugal*, Nueva York.
- (1962): «Fonología del ibérico», *Miscelánea Homenaje a A. Martinet. III. Estructuralismo e historia*, La Laguna, págs. 171-181.
- (1979): «Notas lingüísticas sobre monedas ibéricas», *Actas II*, págs. 473-489.
- (1980): *Mitología e ideología sobre la lengua vasca. Historia de los estudios sobre ella*, Madrid.
- Untermann, J. (1975): *MLH I*.
- (1980): *MLH II*.
- (1985): «Nuevos textos ibéricos sobre plomo», *Acta Numismática* 15, págs. 33-46.
- (1987): «La gramática de los plomos ibéricos», *Actas IV*, págs. 35-56.
- (1990): *MLH III*.
- Velaza, J. (1983): *Léxico de inscripciones ibéricas (1976-1989)*, Barcelona.
- Vidal, M. y Magnol, J. P. (1983): «Les inscriptions peintes en caractères ibériques de Vieille-Toulouse (Haute-Garonne)», *RArchNarb* 16, págs. 1-28.